



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

Damián el personaje

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

BEATO DAMIAN DE MOLOKAI ANÉCDOTAS Y PERSONAJES.....	3
La familia del Beato Damián, CUATRO HERMANOS se hacen religiosos.....	3
PRIMEROS INDICIOS DE HABILIDAD PARA LA CONSTRUCCIÓN.....	9
Las leyendas de los santos	10
LA HERMANA MAYOR, EUGENIA, ABRE CAMINO HACIA LA VIDA CONSAGRADA	10
El relevo	11
AUGUSTO SE CONVIERTE EN EL PADRE PÁNFILO	12
DAMIAN SE DESPIDE DE MAMÈRE	13
LOS ABUELOS.....	15
UN HOGAR ALEGRE	16
MAMÈRE, LA MUJER SENSATA	18
ABUELOS MATERNOS.....	20
Muerte de Abraham.....	21
Amor a la abuela	22
DEL VIEJO HOGAR A LA CASA NATAL	22
Necesidad de independencia	23
Reformas y ampliaciones.....	23
LA CASA NATAL ENTRA EN EL FUTURO.....	24
UNA LAGRIMA POR CONSTANZA (1).....	25
UNA LAGRIMA POR CONSTANZA (2).....	26
LEONCIO EL PATRIARCA	28
PANFILO Y DAMIÁN (1).....	29
PANFILO Y DAMIAN (2).....	31
PANFILO Y DAMIAN (3).....	32

BEATO DAMIAN DE MOLOKAI ANECDOTAS Y PERSONAJES

La familia del Beato Damián, CUATRO HERMANOS se hacen religiosos

A partir de este número, y durante unos meses, María Justina, sobrina del beato Damián, va a ser un personaje muy familiar para nosotros por sus “**Recuerdos de Mamère**”, en los que reflejó sus vivencias con su familia ‘de Veuster’, viviendo en la granja de los abuelo. Su padre Gérard era el único hijo, entre los ocho, que se quedó con ellos llevando el trabajo de la granja, en la que nació Justina, tan querida por su abuela, a quien llama cariñosamente “Mamère”, como lo oía sus padres. Iremos conociendo a la familia de Damián, ordenando y distribuyendo su escrito para su publicación.

Es un texto, adornado sólo con la gracia de su natural sencillez y de su delicada sensibilidad, que nos hace entrar en el conocimiento de la extraordinaria Catalina Wauters, madre de Damián. La nieta sentía una veneración sagrada por ella.

Aunque no nos revela ningún hecho excepcional sobre el propio Damián, nos introduce en la atmósfera familiar que fue la fuente de la fe profunda y heroica de nuestro beato.

Ninde era un lugar poblado por dos o tres granjas dispersas en la llanura de las tierras de labranza que atraviesa el río Djile, cercano a la granja de los De Veuster-Huytterhoeven, abuelos por la línea paterna del padre Damián. En esta granja belga nació (1801) y permaneció como patriarca hasta su muerte, a los 73 años, **Francisco De Veuster**, padre de **Damián**. A ella llegó como esposa de Francisco, y en la plenitud de su juventud, **Catalina Wauters**, nacida en el cercano pueblecito de Haacht (1803) de unos hacendados campesinos, **Abraham Wauters** et **Isabel Goovaerts**. Por eso la llamaban popularmente “la Cato (Catalina) de Abraham”. Vivió con sus suegros, a los que sirvió con gran entrega, y fue muy querida por ellos.

La granja de Ninde era una pedanía de Wechter, a una media hora de camino, que más tarde pasó a formar parte de Trémelo. En Wechter estaba la parroquia, la escuela, el comercio, etc. El bautismo del pequeño José De Veuster (padre Damián), se celebró en aquel helador 3 de enero de 1840, el mismo día de su nacimiento, en la parroquia de Trémelo.

José (Damián) se quedó como el benjamín de la casa, lo que explica en parte, el cariño que le tenía su madre.

Del matrimonio de Francisco y Catalina nacieron ocho hijos, cuatro niños y cuatro niñas. Con el pasar de los años, solo dos varones se mantuvieron cercanos a sus padres. Los hijos fueron: **Eugenia, Constanza, Leoncio, Gerardo, Paulina, Augusto, José y María**. La pequeña María murió a los cuatro años, por lo que José se quedó como el benjamín de la casa, lo que explica, en parte, el cariño que le tenía su madre, que quizás abrazaba en él también a su niña fallecida.

Eugenia, ya adolescente, fue enviada al cercano pensionado de las religiosas ursulinas de Tildonk. A los seis meses pidió a sus padres quedarse en el convento como religiosa. Pocos años después fue destinada a una nueva fundación en Uden (Holanda). La más pequeña, Paulina, fue enviada al lejano pensionado en que vivía su hermana y, también como ella, de pensionista se convirtió en religiosa. Desgraciadamente las dos murieron tan jóvenes como santas religiosas: Eugenia en 1854 (José tenía 14 años) y Paulina en 1873 (Damián que tanto la quería y a la que escribió alguna carta desde Hawai, acababa de entrar en la leprosería de Molokai).

Caso distinto y singular fue el de la segunda hija, Constanza, quien también adolescente quiso seguir la vocación religiosa. Era mal momento y su madre se opuso rotundamente porque la necesitaba entonces para el trabajo agobiante de la casa. Más adelante sabremos qué sucedió con ella.

Augusto entra muy joven a estudiar en el Seminario de Malinas, de donde pasó, en 1857, al noviciado de la Congregación de los Sagrados Corazones en Lovaina.

El pequeño José, jefe para los cercanos, (nuestro futuro Padre Damián), después de los estudios primarios en la escuela de Wechter, cursados de los siete a los trece años, empieza a trabajar en la granja familiar hasta los dieciocho años. Sabemos que la granja prácticamente la dirigía su madre, debido a las largas ausencias del padre a causa de sus negocios.

Fue entonces cuando José, que ya era un mocetón, fue enviado al pensionado de Braine-le-Comte con el principal fin de aprender francés. Pero allí le esperaba la definitiva llamada a la vida religiosa. Por carta planteó a sus padres el futuro de su vida, con expresiones tan duras que solo pudieron ser fruto del miedo. Además de su cariño, José conocía bien las esperanzas que habían depositado en él. Por zanjar la cuestión, el padre visita Lovaina acompañado de José, para que se entreviste con su hermano en su convento. Como resultado, su padre se volvió solo a Ninde, rumiando lo que él perdía y ellos ganaban. De algún modo, tanto José como Augusto gozaban, para poder seguir su camino, del escudo protector de sus dos hermanos mayores, Leoncio y Gerardo: el trabajo de la granja y el negocio de granos quedaban asegurados por ellos y su descendencia.

Hasta 1859, cuando José entra con diecinueve años en el noviciado de la Congregación, su hermano Gerardo De Veuster se casó con **Dorotea Vermeylen**. El nuevo matrimonio se quedó a vivir en la misma granja de Ninde : siguió trabajando en sus tierras y en el negocio de la familia. Su hermano mayor, Leoncio, también se había casado antes con **María Feyaerts** y las dos familias se mantuvieron siempre muy unidas en sus trabajos, mientras su padre Francisco iba envejeciendo

lentamente. Fueron además creativos, con nuevos negocios como el molino a vapor de Betecom, pueblo cercano, detalle que se conoce por cartas de Damián a su familia desde Hawaii.

LA AUTORA. María Justina había nacido en Ninde el 24 de marzo de 1865 (hacia un año que acababa de llegar Damián a las islas Hawai). Nacida en casa de los abuelos, María Justina va a tener el privilegio de compartir su vida durante los últimos años de éstos, entre ellos los doce años que Catalina Wauters sobrevivió a su querido esposo, Francisco De Veuster. Para la nieta, ya sola con la abuela, transcurre así el período tan importante de su vida que va desde los diez hasta los veintiún años. De la granja salió María Justina para su matrimonio con Félix Roost, del que tuvieron siete hijos. Falleció llena de años en Everbeg, cerca de Lovaina, el 15 de enero de 1951.

Estos preámbulos generales sitúan un poco los lugares y personas. Dejando de lado cualquier otro detalle sobre la familia del padre Damián, que ya conocemos por sus biógrafos, nuestro relato sobre ella recogerá exclusivamente los recuerdos manuscritos que nos ha conservado esta sobrina del padre Damián, hija de su hermano Gerardo, **María Justina De Veuster Vermeylen**. Nuestra intención es dar a conocer lo que ella escribió en torno a su abuela en un simple cuaderno que tituló "Recuerdos de la vida de Mamère, madre del padre Damián. 1803-1886". El nombre de "Mamère" era un tradicional nombre común y propio, aplicado aquí a la abuela Catalina, amasado de cariño y de respeto, que une en una sola dos palabras francesas ("Madre-mía).

En el cuaderno de recuerdos encontramos este texto:

"El 17 de septiembre de 1874 – escribe María Justina –mi mamá falleció y Mamère se convirtió aún más en nuestra madre. Tenía para todos un gran amor. Mi hermana mayor tenía 13 años, yo casi 10 y Paulina 8. Mamère tenía entonces 72 años. Tengo que reconocer que me quería más que a las otras. Según ella, yo tenía los rasgos de su Jef (Damián) o quizás le recordaba también a su hija mejor, la pequeña María, muerta a los cuatro años".

La madre se educa como "una señorita bien"

Comenzamos el anunciado relato de los recuerdos manuscritos que nos dejó la sobrina del **padre Damián, María Justina (1865-1951)**, la hija de su hermano **Gerardo**. Justina escribe para su entorno familiar, que conoce las personas y los lugares, pero nosotros tendremos que hacer una serie de aclaraciones para entender mejor la narración. Los paréntesis que aparezcan entre el texto son notas que no pertenecen al original de Justina.

"**Mamère** nació en Haecht, Hansbrug en 1803, Su padre, **Abraham Wouters**, era labrador acomodado. Mamère era conocida con el nombre de la Cato de Abraham (de su nombre Catalina). Su casa fue incendiada durante la última guerra (guerra de Coalición, 1815). En esta época el Hansbrug ("brug=puede) no existía todavía: se atravesaba sobre un pequeño transbordador. Mamère era la mayor de diez hermanos. El benjamín, el tío **Juan de Haecht**, era 22 años más joven que Mamère. Durante su juventud, Mamère iba cada quince días al mercado de Lier en una

tartana con toldo para vender allí el queso. En aquella época era la especialidad de Haecht y Mamère era especialista”.

“Mi abuela Mamère, como la llamábamos, había estado interna en la escuela libre de Rebecq, pensionado mixto donde habían estudiado mi abuelo, mi padre y mis tíos **Leoncio y Frans**. Este pensionado era entonces renombrado en la región. Había una granja continua... Cuando estalló la guerra, los alumnos tuvieron que volver a casa para dejar sitio a los combatientes en la batalla de Waterloo (1815). Mamère ya no volvió jamás a Rebecq, pero estuvo de pensionista con una prima beguina de Malinas, siguiendo los cursos en el beguinage, donde aprendió muy bien a coser y a hacer un buen trabajo manual.

“Después de la muerte de Abraham Wouters (1827), su viuda, acompañada de su hijo menor, (Juan), fue a habitar en una pequeña casa, casi enfrente del convento de las ursulinas de Haecht, allí donde su abuela había fallecido. El tío Juan y su esposa **Trezemoike**, la cuidaron allí muy bien. Mamère por su lado les quería también mucho.

**Las beguinas
eran una especie de
monjas que vivían en
ciudades dentro de una ciudad.**

En este texto hallamos la primera imagen que María Justina ofrece de la abuela, primogénita de unos labradores acomodados. Su padre goza de un reconocido prestigio popular, suficiente como para ser referencia del nombre de su hija. La descendencia es numerosa, pero se ignora cuántos hijos sobrevivieron en una época de relativa mortandad infantil.

Parece que a la nieta le interesa resaltar tres aspectos de la personalidad de su abuela en su primera juventud: una muchacha inteligente e instruida, vivió de cerca y temprano la desgracia y se comportó como una joven llena de coraje. Para resaltar lo primero, nos informa que completó sus estudios primarios en el renombrado pensionado de Rebecq, al sur de Bruselas, en la región Valona y francófona del país. Entonces el francés era la lengua culta para un flamenco. Catalina recibió, pues, una educación de señorita, lo que dice mucho de la situación acomodada, en ese momento, de su familia, aunque parece que pudo estar poco tiempo. ¿Cómo influyó en su cultura?

Por otro lado, la derrota de Napoleón en las llanuras de Waterloo le trae a la memoria el incendio de la casa paterna, o de la granja. Una catástrofe para la familia. Por de pronto, la hija ya no puede volver al pensionado público, sino que la recogen en casa de una prima beguina de Malinas, en la misma región flamenca. Estas piadosas beguinas vivían una singular vida de religiosas o monjas, en un amplio recinto tapiado, una ciudad dentro de la ciudad, con calles recoletas y pequeñas casas en las que habitaban independientes. Allí aprendió la joven lo que ellas sabían muy bien, costura y trabajos caseros y complementó su educación para señorita con la necesaria para ser hábil ama de casa.

Aún hay más, desgraciadamente. Su padre Abraham Wouters (1771-1827) muere joven, a los 56 años, dejando viuda y llena de hijos a su esposa **Isabel Goovaerts**

(1783-1861), doce años más joven que él, a quien sobrevivirá 34 años. Se adivina la ruina. Su madre, Isabel, se traslada a vivir en una pequeña casa, al parecer solo con su hijo menor que tiene unos dos años. Catalina tiene ahora 24 años y parece natural que esté viviendo con ella, apañando las tareas. "Mamère les quería mucho", dice la nieta. Lo que es seguro es que en esos momentos Catalina conoce ya a quien será, dentro de dos años, su esposo, Francisco De Veuster. Y también es seguro el cariño que esta hija, ya después en la granja de Ninde, guardó siempre hacia su madre, que vivía al otro lado del río. Un cariño que transmitió a sus hijos, que sentían una veneración sagrada por esta abuela.

De su prima beguina, además de la severidad religiosa, Catalina aprendió a ser una avispada especialista de los famosos quesos de la región de Haecht. En todo caso, aparece como una joven decidida y valerosa, que desde Haecht y atravesando el Dijle con su tartana entoldada sobre el pequeño traspordador, llega dos veces por mes hasta el lejano mercado de Lier, a unos 20 kilómetros al norte, trayéndose a casa un buen puñado de francos. El texto habla del pequeño traspordador y anota que entonces aún no existía el Hansbrug, puente sobre el río Dijle, entre Haecht y Ninde. Anterior al puente, en el mismo lugar, ya existía el dique que servía de muelle para desembarcar las mercancías que traían las barcazas para los dos pueblos.

Al hablar del "renombrado" pensionado de Rebecq, María Justina añade accidentalmente algo muy importante: "Allí habían estudiado mi abuelo, mi padre y mis tíos Leoncio y Frans". Con escueta pero significativa brevedad aparece la familia De Veuster: el abuelo **Francisco**, con sus dos hijos mayores **Gerardo** y **Leoncio**, más el tío **Frans**, de ascendencia colateral. Es de nuevo un indicativo de la situación económica y proyecto de futuro de una familia acomodada. Ni el pequeño José (Damián) ni su hermano Augusto aparecen en esta relación. En su momento, María Justina nos hablará de estos otros dos hermanos, de su singular y distinto destino.

La granja de Ninde y el negocio de las sanguijuelas

Tras las breves noticias sobre los años juveniles de la abuela, Justina nos la presenta ahora ya casada y viviendo en la granja de Ninde. Describe la casa, su aspecto externo y su interior, a la que llama por distinta razón "la casa de los suegros" y la "casa natal del padre Damián". Allí comenzaron a vivir como esposos Francisco y Catalina.

"Cuando mi abuela se casó, vino a vivir en la casa de sus suegros en Ninde, entonces una pedanía de Wechter, situada a 20 minutos del Hansbrug. La parte inferior de la fachada de la casa natal del padre Damián data aún de esa época. Hasta la pequeña mesa que servía de mesa de cocina, aún existe. Es tan pequeña y tan baja que difícilmente uno puede imaginarse que sirviera de mesa de cocina y de mesa de comer. Pero si se recuerda la sencillez con que eran servidas las comidas, se comprende que una pequeña mesa bastara: una soper grande en medio de la mesa y todos a su alrededor.

María Justina sitúa Ninde a 20 minutos del Hansbrug. Ninde pertenecía al ayuntamiento de Wechter, hasta que en 1837 pasó al de Trémelo. La Iglesia, el mercado, la escuela de los niños, todo se hallaba en Wechter, a media hora de

camino. También las celebraciones populares de las fiestas. Ninde era en realidad una contracción de "Wechter ten einde" es decir, el rincón más alejado de Wechter.

La casa es de los suegros, padres de Francisco. La construyeron, para independizarse en su nueva vida, hacia 1800, fecha aproximada de su casamiento. Se suele decir que fue la primera casa del entorno construida en piedra. María Justina anotará que su padre y su tío "la transformaron y embellecieron más tarde con ladrillos". Ahora la llama también "la casa natal del padre Damián" porque cuando escribe ya no vive en ella la familia De Veuster, que la vendió a la Congregación en 1895. De esta segunda imagen, advierte que "la parte inferior de la fachada data de esa época", la de los suegros. Hay por tanto, algo original que se construyó en piedra y no necesitó reforma posterior. Sea como fuere, María Justina ya nos ha pasado al interior de la casa y, con una sola pincelada, nos ayuda a imaginar su mundo de intimidad.

Pero hay algo más valioso que la mesita y la sopera. Son los suegros de la abuela Catalina.

"Mi abuela se hizo amar de sus suegros a los que atendía con mucha entrega. La suegra de mi abuela era una Uytterhoeven y daba clases de costura. Mamère guardaba todavía una pieza de tala con dobladillo. Decía: "en el tiempo de nuestra Meken (Mamá)": sin embargo cuando hablaba de ella siempre decía Mamère. Fue Meken quien enseñó a Mamère a decir la oración del benedícite antes de la comida, en latín y de pie, costumbre que Mamère ha guardado mientras vivió y pudo hacerlo. Nosotros, los más jóvenes, no podíamos habituarnos a ese latín, y más tarde ya rezamos en flamenco.

Los suegros eran Hendrik De Veuster (1767-1845) nacido en Wechter, y Juana Catalina Uytterhoeven (1767-1846), nacida en Bonheiden, al lado de Malinas. El comportamiento servicial de la abuela Catalina le conquistó el amor de estos patriarcas de la granja de Ninde. La bisabuela aparece aureolada de dignidad: "Era una Uytterhoeven", El éxito apunta a la esmerada educación recibida. Es experta en costura, de reconocido prestigio como para que se guarden sus labores como una reliquia. Su educación parece provenir de algún ambiente singular en que se bendecía la mesa en latín, el "Benedicite" monacal. Cercana a Malinas, no extraña que hubiera estado de pensionista en su beghinaje de monjas. Sí sabemos que la abuela Catalina se educó después allí mismo y en el mismo menester, que la hacía apreciar y conservar esas joyas de su suegra.

María Justina nos enseña la antigua foto de novia de la abuela, con la que a menudo habrían bromeado y gozado juntas:

"Queréis ver a Mamère de novia? Una amable campesina, frescamente rosada, con un vestido de algodón magníficamente florecido, una esclavina de satén negro bordada de franjas, un delantal de satén negro, una cofia campesina de encaje blanco, como aún se ve en Campine y Holanda, faldas blancas y zapatos de tela negra. Yo pensaba que nadie era más bella que yo, decía riendo cuando contaba el viaje de novios, a pie hasta Tildonk y de allí en barca remolcada hasta Lovaina.

**La familia debía
pagar un precio muy alto,
sobre todo la abuela Catalina,
para atender la granja
mientras progresaban
los otros negocios de la familia**

A menudo María Justina resalta la risa y el buen humor de la abuela y se adivina lo feliz que se sintió a su lado. Y el viaje no deja de ser glorioso, a pie hacia el sur hasta Tildonk, casi la mitad de camino; de allí en barca por el canal hasta la ciudad encantada de Lovaina. ¿Dónde iban a encontrar unos campesinos de Ninde algo más bello a tan sólo unos quince kilómetros? Un caballo, al paso por un lado del canal tiraba de la barca, mientras por el otro un "gondolero" con una soga amarrada a la proa la mantenía en el centro de las aguas.

Aparece por fin el negocio de las sanguijuelas, tradicional al parecer en la familia De Veuster.

"La familia De Veuster comerciaba con sanguijuelas. Este negocio debió de haber sido bastante importante, porque mi abuelo De Veuster fue dos veces a Viena para comprarlas. Trabajaba en colaboración con un hermano, más tarde alcalde de Trémelo. Para ello había hecho construir una carreta con pequeños compartimentos y el viaje duraba cada vez, todo un año. Empleaban caballos de posta, es decir, caballos frescos en cada relevo".

La nota sobre el hermano alcalde, confirma la categoría social de la familia. El negocio debía reportar sustanciosos beneficios como para atreverse a un viaje que nos resulta inverosímil. Se comprende que más tarde los cambiara por el de granos y semillas. La familia debía pagar por ello un precio muy alto, sobre todo la abuela Catalina, que llevaba, sin compensaciones a sus 28 años la rutina de la granja. Así, en estos primeros 16 años, atiende a sus suegros en su debilidad progresiva y se va haciendo con la dirección de la granja. Y mientras tanto la casa se va llenando de hijos.

PRIMEROS INDICIOS DE HABILIDAD PARA LA CONSTRUCCIÓN

María Justina continúa la narración de sus recuerdos presentando a los hijos del matrimonio De Veuster. Abren esta parte, como un prólogo, tres textos que de algún modo, engloban a todos los hijos. El primero muestra a una madre atareada con unos niños revoltosos. Una estampa de ayer y de siempre.

Cuando Mamère hablaba del tiempo en que los niños iban a la escuela, recordaba cómo cosía y zurcía, cómo cuidaba de que tuvieran los delantales decentes y bien lavados, y los zuecos restregados con un puñado de paja y puestos a secar bajo la estufa, a fin de que estuvieran preparados y limpios para ir a la escuela al día siguiente. Sus hijos no dejaron de hacer jugadas "como para colgarlos", o hacían novillos en el río Laak. Solo años más tarde Mamère se enteró cómo fueron de tramposos, guasones y traviesos. Porque entonces no había peligro de que se acusaran entre ellos y sus primos, pues juntos formaban una banda para ir a la escuela.

Las leyendas de los santos

El segundo al que nos referíamos es un texto que siempre nos había conmovido, pero nunca como ahora, cuando **María Justina** nos da más detalles:

Debo hablar todavía de un viejo libro, una herencia de la familia. Este libro era de un gran formato, de diez a doce centímetros de espesor, con unas gruesas pastas de madera de roble y encuadernado con cuerdas. Contenía la descripción de la vida de novecientos santos y llevaba por título "Leyendas de los santos". Este libro estaba impreso en caracteres muy antiguos. La "f" y la "s" eran la misma letra, y la última letra de cada página estaba escrita siempre dos veces. El papel era amarillo y áspero.

Al comienzo de cada mes tenía en una página el nombre de los santos de cada día, con sus insignias. Así, se veía a santa Catalina con una gran rueda, a santa Bárbara con una torre de tres ventanas, a san Alejo con una escalera, etc. Con este libro Mamère leía para los niños, pero también hacía leer y daba entonces explicaciones para que comprendieran lo que se había leído. Desgraciadamente este antiguo libro desapareció sin dejar rastro, quizás cuando la desinfección en las exequias de la muerte de papá, por gentes que ignoraban su valor, y la pérdida fue muy sentida por toda la familia".

Respecto al tercer texto, parece evidente que refleja un tiempo bastante posterior, es decir que ya han pasado algunos años, puesto que los hijos varones de la familia lo son tanto como para haber rehabilitado la granja y estar trabajando en ella:

"Cada vez que nevaba yo escuchaba a Mamère contar como si fuera ayer: "Un día que había nevado mucho, los chicos habían empujado y reunido toda la nieve de la huerta y de la calle, con la que hicieron una capilla con una torre, tan grande que cabían todos en ella. Se mantuvo en pie varios días, porque había helado mucho a continuación. Es más que probable que fuera Jef (se refiere al futuro padre Damián) el constructor de la capilla, porque desde su más tierna infancia era muy piadoso y por otra parte las nuevas construcciones (de la granja) ya estaban concluidas y por tanto los hijos mayores debían trabajar en la granja".

Siempre se había considerado que los sucesos piadosos de la tradicional biografía infantil del padre **Damián** eran posiblemente los clásicos de toda hagiografía (vidas de santos), de cuyo bienaventurado protagonista en muchos casos se cuenta incluso que ya ayunaba los viernes el pecho de su madre. Sin embargo, sean lo que fueren, nos satisface ahora la apreciación de su madre de que Jef, su pequeño, "desde la más tierna infancia era muy piadoso", aunque parezca también, por lo que cuenta María Justina, que era muy trasto.

LA HERMANA MAYOR, EUGENIA, ABRE CAMINO HACIA LA VIDA CONSAGRADA

Las anécdotas de la infancia, los Recuerdos de María Justina nos ofrecen algunos rasgos de los hijos de la familia De Veuster. Ordenadamente, el relato comienza por la vida de la hija mayor, Eugenia, que fue la primera en entregarse a la vida consagrada.

“La hija mayor fue la tía **Eugenia**. Con el fin de darle una formación de señorita para el comercio, sus padres la colocaron en un pensionado de Tildonk. Al cabo de seis meses, pidió a sus padres poder quedarse en el convento y llegar a ser religiosa. **Mamère** habló con **Meken** (su suegra) y ésta se mostró muy contenta de tener una hija que quisiera entrar en el convento. Así fue como Eugenia se convirtió en la **madre Alexis**, de las ursulinas de Tildonk.

No faltan en el relato que nos ha transmitido **María Justina** las anécdotas graciosas: “En aquel tiempo había un viejo párroco de Trémelo. Un día vino de visita y dijo a la familia: “Decid a la reverenda Madre de Tildonk, que yo, el párroco, lo oís bien, yo quiero ver a esa religiosa. Y allí se fue Mamère camino del convento con la petición, que fue aceptada. La madre Alexis pudo pues volver a casa y a la del señor párroco. Con esta ocasión, Mamère había abierto un buen agujero en su bolsa. “Mi marido se enfadó, hasta que creí que iba a encontrarme unos golpes, decía Mamère, pero no fue así. Me fui a trabajar un poco en la huerta. Vuestro abuelo era verdaderamente un hombre cabal, su cólera se pasó muy pronto. Hasta llegó a expresar su satisfacción por todo cuanto yo había hecho”.

Al ser destinada la tía Eugenia al convento de Uden (Holanda) la más pequeña **Paulina**, fue enviada a aquel pensionado donde pronto se hizo religiosa, antes de la muerte prematura de su hermana.

El relevo

“Madre Alexis fue enviada para una nueva fundación en Holanda. Su hermana Paulina fue entonces enviada como pensionista y allí se convirtió en religiosa, con el nombre de **madre Alfonsa**.

En 1854 llegó la noticia de que la madre Alexis estaba gravemente enferma Peter (su padre) se puso inmediatamente en camino. En aquella época era un gran viaje. Cuando llegó a Uden oyó, en un albergue que en el convento una joven religiosa que conocía lenguas, había muerto. Con eso ya supo bastante. No fue al convento y, lleno de tristeza, rehizo el camino”.

La sobrina guarda un último recuerdo, muy hermoso, de su tía: “Madre Alexis era una santa religiosa. Durante los días que pasó en la casa paterna, por la noche, después de la cena, decía cosas hermosas sobre el valor de nuestras almas y sobre todo lo relativo a nuestra salvación. Todos escuchaban con gran atención, la familia, los domésticos, los criados, los obreros... Las últimas palabras de Madre Alexis fueron: “Adiós, mis hermanos... adiós... adiós. Mi pequeña Paulina que seas ejemplar”.

María Justina finaliza la historia con broche de oro. No sabíamos que se las gastaba así la abuela. Pero el entorno social de aquellos años era de costumbres bravas y se trataba de su hija primogénita. No iba a permitir que todo empezara mal. En su responsabilidad vigilante tuvo la abuela su premio posterior.

Mi abuela, o nuestra Mamère, tenía un carácter muy severo. Un día alguien vino a decirle: “Cato, vuestra Eugenia se pasea allá abajo, por el camino de la iglesia, en mala compañía”. Mamère cogió un bastón largo y partió inmediatamente en busca

de su hija. Más tarde, ya en el convento, Eugenia escribió a su madre para agradecerle el haberla alejado a tiempo de la tentación.

AUGUSTO SE CONVIERTE EN EL PADRE PÁNFILO

La sobrina del padre Damián retoma el recuerdo de sus tías **Paulina** y **Constanza** y del tío **Augusto**, todos ellos poseedores de una profunda vocación religiosa, si bien la segunda no llegó a ejercerla por la negativa de su madre, que se arrepintió siempre de esta decisión.

Al escribir sobre su tía **Eugenia**, la madre **Alexis**, la sobrina ha citado en su texto a la tía menor **Paulina**, después madre Alfonsa, ambas en el convento de ursulinas de Uden (Holanda).

“Madre Alfonsa sabía dibujar muy bien y hacía bellos trabajos manuales. Cuando nos escribía, añadía siempre una u otra cosa dibujada o pintada por ella: una carreta holandesa, unos zuecos holandeses, cualquier cosa muy simple. Para la primera misa del tío **Augusto** (padre Pánfilo) hizo dos ramos de flores que **Mamère** puso bajo cristal en un jarro de porcelana y lo colocó sobre la chimenea para adornar la estatua de la Virgen. Hizo también una pintura sobre vidrio (la vista de Koblenz) y también otra de ella misma y de cada miembro de la familia. Una obra que costó mucha paciencia y habilidad. Qué pena que la humedad destruyera esta obra única de arte. Las inundaciones numerosas hacían que la casa de **Peter** (abuelo) fuera muy húmeda.

En Uden, como antes la tía Eugenia (1854), muere tempranamente la tía Paulina (1873). La superiora del convento de Tildonk (Flandes) recibió un recuerdo del de Uden que regaló a la abuela: “Tía Paulina, o madre Alfonsa, murió joven. A consecuencia de una reuma cogió una congestión pulmonar y se durmió en el Señor el 4 de julio de 1873... Cuando Peter y Mamère se enteraron del fallecimiento de madre Alfonsa, no lloraron, pero estuvieron tristes y silenciosas, y yo veía que Mamère rezaba. Ofrecía un sacrificio y lloró en silencio. En el jardín del convento de Uden se encontraba una estatua de la Santísima Virgen de unos 25 centímetros de altura y ante la que la madre Alfonsa iba a rezar cada día. Cierta día vio que la cabeza de la Virgen estaba caída, corrió inmediatamente al convento a buscar cola y cuando volvió la cabeza se hallaba de nuevo bien sujeta en su lugar. No se notaba más que una ligera grieta. Y nadie del convento había venido, nadie sabía algo sobre ello. La reverenda Madre de Tildonk dio esta estatua a Mamère en recuerdo de madre Alfonsa. Cuando mi hermano tenía dos o tres años, entró un día corriendo en la habitación. Tenía un gran bastón en la mano y rompió la estatua en pedazos. “Ahora veo que me vuelvo vieja, dijo Mamère. En otros tiempos esto jamás habría sucedido”.

Volviendo al orden cronológico, retoma el recuerdo de su segunda tía, **Constanza**, una vida entre velos de silencios. Murió en 1867 con 39 años. La sobrina levanta una esquina del misterio:

Mi tía **Stans** (Constanza) quiso también entrar en el convento. Pero Mamère rehusó, porque tenía demasiado trabajo y el tío Augusto estaba en ese momento en el seminario y estudiaba para ser sacerdote. A causa de mi tía Stanas, Mamère ha

llorado a menudo y ha sentido no haberla dejado ir al convento. Más tarde se casó y dejó a su muerte cinco hijos, de los que cuatro murieron muy jóvenes. El mayor fue educado por la familia de su marido.

Eso es todo lo que de ella nos dice. Como en estos textos ha aparecido por dos veces el tío Augusto, la sobrina nos coloca ya ahora su figura. Había ingresado en el seminario de Malinas en agosto de 1853. En noviembre de 1857 pasa al noviciado de la congregación en Lovaina, con vocación misionera:

“El tío Augusto llegó a sacerdote y estudió la teología, pero por humildad no quiso jamás el título de doctor. Quería ser religioso. Padrino y Mamère fueron un día a informarse. El padre superior apareció con una vieja sotana que verdeaba. Durante el viaje de vuelta, Mamère dijo:

- Pero, en fin, Augusto, ¿cómo quieres tú ir ahora a un convento tan pobre? Tú eres muy sabio y puedes ganar bien 1000 francos al año.

- ¿Tienes tú necesidad de dinero, mamá?

- Oh no, Dios sea alabado, ganamos nuestro pan.

- Y bien, padre, madre, si no tenéis necesidad de él, tampoco yo tengo necesidad de dinero por tanto ingresaré en el convento....

Así es como el tío Augusto llegó a ser el padre Pánfilo de los sagrados corazones de (la calle) Monte San Antonio de Lovaina.

Afirma “llegó a ser sacerdote y estudió teología”. En efecto, después de haberse ordenado sacerdote, el 28 de febrero de 1863, volvió a la Universidad para seguir los cursos superiores de teología. Alcanzó así el grado de licenciado, que le capacitaba para la enseñanza, que ejerció después en el seminario de Versailles (París).

DAMIAN SE DESPIDE DE MAMÈRE

Por razones cronológicas, adelantamos aquí el relato que **María Justina** había añadido a sus “Memorias” que acababan con la narración de la muerte de su abuela **Catalina**, sobre la despedida entre el **padre Damián** y su madre, reproducida “exactamente”, dice María Justina, tal como se lo había oído contar repetidas veces a la abuela.

Me habéis preguntado donde tuvo lugar la separación del padre Damián y de su madre. Voy a escribirlo exactamente como Mamère lo ha contado a menudo. Antes de partir para siempre para las misiones, Jef (Damián) estuvo durante algunos días en la casa para despedirse. Siempre había querido mucho a Monteagudo y el penúltimo día preguntó a Mamère:

-“Mama, ¿podríamos ir mañana a Monteagudo?”

Fueron de noche, hacia la una, con la madre de **Estefanía**, a pie rezando. Cumplidas las devociones, tomaron el camino de retorno hacia Rillaar. A unos diez minutos de la Basílica de Nuestra Señora, se llega a una calle que comunica con la calzada de Diest, en dirección a Lovaina. Llegados allí Jef dijo:

-“Mamá, yo querría ir directamente a Lovaina. He visto a todos en la casa y ya les he despedido. ¿Te parece bien esto, mama?”

- “Que sea como tú quieras, Jef”.

Allí mismo Jef les dio un apretón de manos, abrazó a su madre, dirigía su índice hacia el cielo, se dio la vuelta y se marchó, sin volver la cabeza una sola vez”.

Relato sobrio y conmovedor que la madre recordó muchas veces de las que lo contó. Nuestra Señora de Monteagudo es una reducida y antigua estatua de la Virgen con el Niño, venerada en un principio sobre una pequeña encina. Los numerosos milagros de curaciones, ya en el siglo XVI, reunían a cantidad de peregrinos, precursores de las posteriores muchedumbres. En 1627 se terminó el monumental santuario, construido en piedra clara del país, de una sola nave circular coronada de una imponente cúpula con linterna, tachonada toda de estrellas doradas sobresalientes en su exterior. Desde tiempos más recientes se le ha llamado "Lourdes de Brabante", por los numerosos impedidos que transportan entre la muchedumbre en todas las peregrinaciones.

La peregrinación en la noche y a pie, para llegar de amanecida al santuario, no era algo extraño en la región circundante en tiempos del padre Damián. Quizás Jef la hubiera realizado antes con su familia.

"Siempre había querido mucho a Monteagudo", dice el escrito. Acaso no fuera la primera vez que estuvieron allí juntos, aunque sí iba a ser la última. Lo que sabemos seguro es que Damián, con los novicios y estudiantes del convento de Lovaina, iba de peregrinación todos los años, acostándose unas horas antes para iniciar la marcha a medianoche y amanecer en Monteagudo, la "estrella de la mañana".

El relato afirma que los acompañaba también "la madre de Estefanía" Estefanía era la prima carnal de María Justina y su madre, la esposa de su tío mayor **Leoncio**, hermano de su padre **Gerardo**, se llamaba **María Feyaerts**. Testigo excepcional de esta despedida, guardó siempre su recuerdo y cuarenta años más tarde también ella escribió su relato, que ofrece nuevos datos y variaciones sobre el anterior. Parece que en los dos, aunque de distinto modo, hay coincidencia de un lugar en que se divide el camino, hacia Lovaina y hacia Trémelo, punto de partida para dos destinos que al fin se encuentran en el cielo:

"Cuando terminamos nuestras devociones en el santuario de la Virgen, volvimos a ponernos en ruta. Yo iba delante con la madre; él venía detrás de nosotras. Pero a cada veinte pasos se volvía y contemplaba la basílica de Nuestra Señora.

- "No te das mucha prisa", le dijo su madre

- "¡Ay! es la última vez que veo el hermoso santuario de María, dejadme que se llenen de él mis ojos".

Tenía un pañuelo en la mano y se servía de él, según creo, para enjugarse las lágrimas. Debía de tener un gran peso en el corazón, el pobre Hermano. Si se separaba de la Virgen venerada en Monteagudo, ¿no iba a separarse de su tierna madre? La hora había llegado. Efectivamente, de improviso, apareció la diligencia que se dirigía a Lovaina. El conductor, viendo a un eclesiástico que volvía, paró los caballos.

- "Y bien, dijo la madre muy conmovida, digámonos adiós".

Nos apretó las manos, nos abrazó y subió a la diligencia haciendo su último signo de despedida. Los caballos partieron al trote. Dos minutos después todo había desaparecido. Nuestros corazones estaban muy oprimidos por esta súbita separación; fueron calmándose poco a poco durante el rezo del santo Rosario. No

deseábamos más que rezar a María para que velara sobre su querido apóstol; qué lejos estábamos de prever lo que le iba a suceder en Molokai”.

LOS ABUELOS

María Justina dedica el texto de su escrito exclusivamente a acontecimientos relativos a sus abuelos. Ya ha pasado revista al resto de la familia. Siempre es a través de su abuela como ve los sucesos. Apenas necesitan explicaciones aclaratorias. Son relatos en su mayor parte atemporales, porque pertenecen más bien al ambiente permanente que se vivía en la granja. Pero son también sucesos concretos, que conviene ir separando con alguna breve anotación divisoria, para ayudar en la lectura continuada de los hechos.

De entrada, María Justina nos introduce en el mundo caritativo y de amor a los pobres que se respiraba en la familia: “**Peter** (el abuelo) y **Mamère** hacían una buena pareja y eran también muy caritativos. Un día durante un fuerte y rudo invierno, Peter dijo a Mamère:

-“Cato, escucha, no puedes despedir a ningún pobre, porque hay mucha miseria”. Y él ponía cinco francos en monedas fraccionadas sobre el apoyo de la ventana. Llegaban tantos pobres, que a la noche no quedaba casi nada. Esto sucedía cada lunes, el día de los pobres, a todo lo largo de aquel invierno, antes de que él partiera para el mercado.

Cuando Mamère constataba que había demasiado pan en el momento de cocerlo, daba bocadillos en vez de dinero y decía:

-“Hoy he tenido beneficios, mira lo que me queda de dinero...”

Mamère tenía también su estilo de dar. No daba de modo arrogante. Conocía a todos sus clientes y charlaba con ellos. Cuando Peter oía hablar de esto, decía con guasa:

-“Si cualquier día apareces por Pijpelheide o por Geestvondel, todo el mundo va a llamarte para convidarte a un café”.

No sólo se recibía y ayudaba en casa a los necesitados, también se hacía el sacrificio de ir en su busca para llevarles cautelosamente la ayuda:

-“Un día Mamère supo que **Regina** de Tiskevic estaba en la miseria. sufría de asma. Entre las gallinas había una que estaba tan gorda que apenas podía poner huevos. Mamère cogió la gallina, la metió en una cesta, la cubrió con un pañuelo y me mandó llevarla a Tiskevic, pasando por el camino de la Iglesia, donde había casas. Aquellas pobres gentes se vieron felices y yo debía dar las gracias a la granjera por lo que habían recibido.

No fue esta la primera ni la última vez que tuve que realizar tales comisiones. Se hacía el domingo, durante la Misa Mayor, cuando no había ni una persona por la calle”.

Los abuelos eran gente piadosa. La verdad es que un tanto más la abuela, como nos advierte con gracia la sobrina, que a la vez nos revela otro nombre con que popularmente era conocido el abuelo: “Peter y Mamère se habían puesto de acuerdo para ir cada uno por turno a la bendición del Santísimo por la tarde. Peter iba de ordinario a la Misa Mayor y bebía entonces unas pocas gotas, sin exagerar, y

volvía a mediodía. Después de comer tenía la costumbre de sestar detrás de la estufa. Mamère le advertía:

-“Susque, es la hora de la Bendición del Santísimo.

-“Si Cato”.

Y un poco más tarde:

-“Susque, tengo la impresión de que esto no marcha bien. ¿quieres que vaya en tu lugar a la Bendición?”

-“Si, si Cato”.

Y un poco más tarde yo iba a la Bendición con Mamère.

A la vuelta nos íbamos perdiendo por los caminos de los campos y Mamère rezaba el rosario y yo respondía. al pasar cerca de la casa dejábamos de rezar. Cuando por azar ella veía a cualquiera coser o trabajar, Mamère decía:

-“Jamás hay que coser o trabajar en domingo, o te quedarás pobres. El domingo pertenece a Dios”.

Después del café, el domingo, Mamère leía el periódico. De Ware Volks-vriend (El verdadero amigo del pueblo). Peter leía Marktbericht (Noticias del mercado) y Moniteur des Notaires”

Compasión del pobre, religiosidad, calor de hogar, intimidad de relaciones, todo un mundo familiar transparentado en unos primeros relatos tan sencillos y sugestivos. María Justina debió ser una mujer extremadamente sensible e inteligente. De jovencita escribió alguna vez a su tío **Damián** a Hawai.

Entusiasmado, en algunas de sus cartas a la familia, Damián pide personalmente a María que le escriba de vez en cuando un diario sobre los acontecimientos de la familia y del pueblo. Hemos de lamentar que nada de ello se ha conservado.

UN HOGAR ALEGRE

Seguimos recibiendo noticias de nuestra corresponsal María Justina, que ahora se introduce en el relato como protagonista debido al triste acontecimiento de la muerte de su madre. Coincide con los momentos cercanos a su Primera Comunión, de la que nos ha conservado su ilusión por los trapitos que vestiría. Por medio anda la abuela, compasiva con la penosa situación de las tres niñas, consintiendo y acompañando la ilusión de ésta su nieta más querida.

“El 17 de septiembre de 1874 mi mamá murió y **Mamère** se convirtió aún más en nuestra madre. Tenía para todos un tierno amor. Mi hermana mayor tenía 13 años, yo casi 10, **Paulina** 8. Mamère tenía entonces 72 años. Tengo que reconocer que Mamère me quería más que a las otras. Según ella yo tenía los rasgos de su **Jef** y quizás le recordaba también a su hija mejor, la pequeña **María**, muerta a los 4 años.

Por entonces llegó el tiempo de mi Primera Comunión. Fuimos juntas a Aarschot por mi vestido de Primera Comunión. Teníamos la intención de tomar el tren en Rotselaar. Pero el tren pasó por fuera de la estación. Con coraje hicimos el camino a pie, rezando como peregrinos. A la vuelta pasamos por Betekon, para visitar la tumba de la tía **Stans**.

Qué estampa la de esta anciana con su pequeña nieta. Dieron un buen rodeo bajando hasta Rotselaar, que les había compensado si hubieran podido subir con el tren por el este hasta Aarschot. Era entonces, y hoy lo es más, la ciudad comercial importante que tenían más cercanas. A la vuelta tomaron el camino más recto hacia Ninde. Necesariamente tenían que pasar por Betekom, informándonos del lugar en que vivió casada y murió prematuramente la tía Constanza, hija de amargo recuerdo para la abuela, como ya nos lo ha narrado anteriormente. Continúan los detalles caseros recreando el ambiente de aquella familia hacendosa y feliz.

“Mamère era la esposa ideal. Tenía para con su marido una entrega, una abnegación sin límites. Él comía en una pequeña mesa, con un mantel más bonito que el de la mesa grande, donde comíamos Mamère, mi padre, los niños y el servicio. **Peter** tenía el más hermoso plato y los más bellos cubiertos y era servido primero por Mamère. Tenía los mayores cuidados por su ropa interior y de vestir y poseía el don de calmarle con sus palabras joviales. Entonces todo era Susque por aquí, Susque por allá”.

Como dijimos, Susque era el nombre familiar del abuelo Francisco o Peter. Añade dos recuerdos de él, llenos de gracia conmovedora:

“Me parece verle aún salir de su habitación por la mañana:

-Buenos días a todos... Bueno, un hombre de 70 años no es ciertamente gran cosa”

Entonces Mamère decía por lo bajo: “Vaya, Peter se ha mirado de nuevo en el espejo...”

Para mí el momento más agradable, más afectuoso, era el fin del día. Por la noche, antes de ir a dormir yo debía juntar la manos y presentarme ante él para recibir una “pequeña cruz”. Mamère rogaba porque sobreviviera a su esposo, para estar segura de que él estaría bien atendido. Y ella le sobrevivió 12 años”.

Feliz y admirable familia. En ella se celebraban también las fiestas con alegría. Al pueblo flamenco se le ha considerado reservado y taciturno, pero sus geniales pintores nos han dejado pruebas únicas de la alegría festiva popular. La abuela mantuvo un sabio y sano equilibrio entre su severa responsabilidad y la alegre espontaneidad de su corazón.

“Con ocasión de las pequeñas fiestas de familia, cuando se fabricaban los pasteles, cuando se habían recolectado las patatas, Mamère era también capaz de bailar o cantar. Napoleón el Grande, o Malbroruok, o El cerdo:

**El cerdo es el rey, él es el rey, él es el rey
Un jamón es para el señor párroco,
y para Mamère y el tío Juan,
embutido, juerga y una oreja”.**

Una abuela madre de sus nietos, la esposa adornada de veneración cuidadosa por su marido, mujer de buen humor que crea un ambiente de comprensión y paz en su hogar, que a veces se llena de fiesta con sus risas y canciones. Son los recuerdos que nos ha regalado **María Justina**. Comprende uno mejor el corazón bondadoso y ardiente de **Damián** después de conocer el calor de hogar en que vivió día a día sus primeros dieciocho años.

MAMÈRE, LA MUJER SENSATA

María Justina va acercándose a los últimos detalles de cuantos nos ha ido ofreciendo con su singular y minucioso arte narrativo. Sigue con su rosario de escenas, ahora señalando a la abuela como la mujer sensata que nada antepone a las obligaciones del hogar.

“Se alegre por naturaleza no le impedía ser muy respetuosa. Mamère no tenía relaciones y no salía a cotillear con las vecinas. Sin embargo, era siempre muy amable cuando alguien llegaba. Así con Mieke Vercammen, una pariente lejana que venía a veces de visita. La llamábamos “Mieke y su vaca”, porque decía siempre mi vaca, mis campos, mi casa, en lugar de decir, nuestra vaca, nuestros campos, nuestra casa.

-¿Cómo te encuentras, Cato?

-Muy bien, Mieke, Dios sea alabado”.

“Ella lo decía con el acento de Trémelo: “God zaai geloofd”, en lugar de God zij geloofd”. Estas palabras eran típicas de Mamère, ante un feliz acontecimiento, una visita agradable, al fin del trabajo: “God Zaai geloofd”.

Ya sabíamos que la abuela era trabajadora y mujer religiosa, pero la nieta, muy realista, nos lo vuelve a recordar con más sucesos concretos y caseros.

“Mamère estaba siempre de buen humor y soportaba las bromas, pero no aguantaba ni los juramentos ni las frases de doble sentido. Trabajaba continuamente. Siempre se levantaba antes, aunque no tenía despertador. Su primer trabajo por la mañana era hacerse un café y bebía entonces dos o tres tazas con un azuquerillo. Cuando le preguntábamos como era posible que se despertara a tiempo decía: “Es muy simple. Rezo por la noche un Padre Nuestro y un Ave María a mi Ángel de la Guarda y él me despierta a tiempo”.

Le era imposible a Mamère ir todos los días Misa, por sus numerosas ocupaciones y porque la iglesia estaba a una media hora. Un antiguo día de obligación siempre era festejado, lo mismo que Santa Bárbara, patrona de Ninde, y jamás eran olvidadas algunas otras misas especiales. Durante los meses de mayo y de junio, en la gran sala y para todo el mundo, se rezaba el rosario y las letanías de la Virgen y también se añadían las del Sagrados Corazón en junio”.

Su hogar fue sin duda la mejor cuna de la fe. Allí nacieron y de desarrollaron cuatro vocaciones, las de la mitad de los hijos, para la vida religiosa. La semilla de la voz de Dios necesita de ordinario tierra buena y bien labrada. También la abuela escuchó un día como voz de Dios la advertencia impertinente de un monje fanático.

Asombra la humilde sumisión de esta bendita campesina.

“La casa de Mamère siempre estaba limpia, los cobres brillaban, pero no quería nada superfluo.

-“Todo esto exige demasiado trabajo”, decía

Había sobre la chimenea un espejo relativamente grande. Un día vino a mendigar un padre trapista. Señalando el espejo dijo:

-“Granjera eso no está bien. Un cristiano no debe mirarse más que en el crucifijo”.

No pasó una semana: el espejo fue colocado en la habitación de dormir. En su lugar colocó un crucifijo. Y se colocó otro también en la gran sala sobre la chimenea". La abuela era caritativa y limosnera, no era tacaña. Pero no cayó en la vanidad ostentosa pueblerina. Lo mismo que acabamos de observar en su hogar, también consigo misma mantuvo una equilibrada austeridad, que es virtud de nobleza de carácter.

"En sus vestidos Mamère era económica y sencilla. Nunca compraba lo que era más hermoso. Pero si había algún quehacer en el que debía estar presente, sola o con **Peter**, entonces Mamère se vestía convenientemente de satén, con un pañuelo de seda y una cofia de seda. La llamaban a veces "la avara". Pero ¿conocéis a alguien que se haya librado del veneno de las murmuraciones?

Aquí terminan los detalles de los "Recuerdos de Mamère" que a María Justina le pareció oportuno seleccionar y dejar por escrito. Solo resta que oigamos de sus labios el último sobre la enfermedad y muerte de la abuela.

MUERE MAMERE

Hemos llegado ante el último recuerdo conservado por María Justina, que convivió con la abuela hasta la muerte de ésta. Afirma que comenzó a estar "seriamente" enferma a los ochenta años (1884). En estos momentos data la noticia (falsa) divulgada por la prensa sobre la muerte del padre Damián a causa de la lepra, que había conocido su madre. Precisa la noticia dando hasta el nombre del periódico, Des Huisvriend (el amigo del hogar), pero nada dice de si llegaron a desmentirlo después. Es posible que las cosas fueran como las narra. Pero también lo es que quizás superponga los planos en la perspectiva lejana.

Mamère entregó su alma al Señor. Era el 15 de agosto de 1886

Los hechos históricos reales fueron los siguientes: La noticia verdadera que llega a conocimiento de su madre por la prensa, y de manera brutal como si a su hijo se le estuviera cayendo la carne a pedazos, es la de su enfermedad de lepra. Pudo ser en la segunda mitad de febrero o comienzos de marzo de 1886. Cinco meses antes de su muerte. En cuanto a las noticias falsas sobre la muerte del Padre Damián estas comenzaron a moverse por la prensa de Bruselas el 21 de octubre de 1886. Pero la abuela **Catalina** ya había fallecido el 15 de agosto. ¿Corrió antes esta misma noticia falsa, como afirma **María Justina**? Parece difícil, pero todo es posible.

Con estas aclaraciones, escuchamos ya el relato conmovedor de la enfermedad y de la muerte de la abuela, en cuyo final se encontró la nieta totalmente sola: "A sus 80 años, Mamère ya comenzó con una seria enfermedad. Su fuerte constitución la mantenía, pero su voluntad estaba como agrietada. Fue en aquella época cuando recibimos por el periódico Des Huisvriend la falsa noticia de la muerte del padre Damián. Mamère lo aceptó con calma, como la consumación de un sacrificio ofrecido hacía tanto tiempo. -"Voy a seguirlo pronto: esto no durará mucho conmigo".

Paseaba todavía bien por la huerta, por la tarde arrodillada ante la estatua de la Virgen, rezaba. Sentada en su silla, al lado de la ventana, vuelta hacia una estampa del padre Damián rezaba en un libro o con un rosario. Y esta pequeña anciana de

82 años, era para la joven de 20 años que era yo, un ejemplo viviente, un sostén para mis espaldas inexpertas sobre las que cargaba un pesado fardo. Desde niña había estado con Mamère siempre, mis otras hermanas vivieron en casa del abuelo **Vermeilen**. Durante sus últimos años yo estuve sola para ayudarla y asistirle.

-“Me voy despacio”, decía.

Yo le preguntaba si debía llamar a algún médico.

-“No, no es necesario que venga, pero el tío **Augusto** si debería venir”.

Escribí, pues, al convento, hasta escribí muchas veces, pero el tío Augusto no venía. Me enteré más tarde que estaba de viaje por intereses de la congregación. Mamère estaba triste por ello.

Un día le preguntó:

-Mamère, ¿quiere que escriba aún otra vez al tío Augusto?

--“No, no hace falta que escribas”, respondió ella.

No parecía estar más enferma que antes. Mi padre permanecía con ella mientras yo me ocupaba de la cocina y de otras cosas. A ratos yo iba sin embargo, a verla. Una tarde no se sintió bien y parecía comenzar a agonizar.

-“Es la agonía de la muerte”, dijo ella con calma.

Pero aquello pasó. Y sentada bien derecha contra los cojines, tomó una patata y un huevo pasado por agua. Nadie hubiera dicho que su fin estaba tan próximo. No parecía triste ni temerosa. Tenía una tranquila sonrisa en su cara y hablaba con mi padre. Era el tiempo de la cosecha y mi padre dijo por la tarde:

“Mamère, quisiera ir a recoger una carreta de grano”.

Yo me encontraba por tanto sola con Mamère. Me daba muchos. Me recordaba todo cuanto debía saber. Entonces sobrevino de nuevo el golpe de agonía. Intentó todavía mirar a la Virgen sobre el armario. La agonía duró diez minutos. Y mientras, yo esperaba en la cama con agua bendita y tenía en la mano el cirio bendito.

Mamère entregó su alma al Señor. Era el 15 de agosto de 1886.

Fue para mí una pérdida grande. Ella vivió sencillamente. Se olvidó siempre de sí misma. Soportó terribles tempestades. Ofreció muchos sacrificios. Mamère era una mujer fuerte. La generación de los fuertes no muere jamás. Su descendencia tampoco: sacerdotes, hermanos, misioneros, religiosas, personas casadas, todos cuantos quizás un día leerán estas líneas dirán convencidos: “Nuestro padre, nuestra madre...sí son todavía una parte de Mamère”.

ABUELOS MATERNOS

Hemos finalizado la publicación de Recuerdos de Mamère, madre del padre **Damián**, escritos por su nieta **María Justina**. Esto ha ocasionado el feliz hallazgo y la posibilidad de entrar en contacto con un nieto de María Justina, el sr. **Paul Van Roost**, hoy jubilado, que preside una asociación de familiares interesados en la investigación de sus antepasados. La correspondencia que hemos intercambiado nos ha dado a conocer algunos aspectos ignorados e interesantes. Ésta es la razón de los artículos que hoy comenzamos a ofrecer a nuestros lectores.

Conocemos los nombres, pero poco más, de los padres de **Catalina**, Cato para los conocidos, la madre del Padre **Damián**. Damián no conoció al abuelo, aunque sí y muy bien a la abuela, a la que tanto quiso. Se llamaban **Abraham Wouters** (1771-

1827) e **Isabel Goovaerts** (1783-1861), originarios ambos de Haacht, donde vivieron toda su vida, casados el 10 de marzo de 1804.

Haach es un pueblo de la comarca que se extiende por el norte hasta la orilla de Dijle, por caminos en que se asentaban las casas, ocupando todo el resto tierras llanas cultivables. No lejos quedaba Ninde, la granja de los **De Veuster**, al otro lado del río. Por el camino principal de Haacht hacia el río se llegaba a Hansbruch, lugar del traspordador, donde se encontraban las instalaciones para la barcaza o balsa, único medio de pasar el río las personas, animales y carruajes. La comunicación entre las dos orillas dependía del traspordador de Hansbrug. Allí vivía Abraham Wouters, allí formó su hogar, de cuyo matrimonio nacieron 9 hijos desde Catalina (1804) la primogénita, hasta el benjamín, **Juan**, nacido en 1825. Las mujeres las cuatro primeras y los cinco restantes varones.

Una investigación histórica ha descubierto que Abraham Wouters recibió la concesión del traspordador sobre el Dijle en 1813. Su padre Pedro Wouters le había obtenido también en 1798. Abraham cuyo oficio se mencionaba como "labrador" en las actas de su matrimonio y de su defunción, habría tenido también un café en las proximidades del traspordador.

Muerte de Abraham

Esta misma investigación aporta el relato del triste y trágico fin de Abraham a los 56 años. "En los días del corte y la recogida del estropajo, en un lugar en que estaba prohibido, el guarda jurado rural, de Keerbengen, **Pedro Vervloet**, le disparó con el fusil dándole un balazo en el muslo izquierdo. Esta herida provocó la muerte de Abraham". A su muerte, el 12 de junio de 1827, su viuda Isabel, en esos momentos de 44 años, se traslada a una nueva casa cerca del convento de las ursulinas de Tildonk, con sus siete hijos (los dos penúltimos muertos al poco de nacer) y la primera hija de su primogénita Catalina, de dos años.

Estos detalles habría que cotejarlos con los que escribía María Justina.: "Acompañada de su hijo menor, Juan, fueron a habitar en una pequeña casa, casi enfrente de las ursulinas de Haacht, allí donde su abuela había fallecido. El tío Juan y su esposa Trezemoeike la cuidaron muy bien". María Justina pliega los planos del tiempo, a distancia de los años del suceso, y contempla los días en que el hijo mejor Juan, ya "el tío Juan" está casado 23 años después con su esposa Trezemoeike, cuidando ambos de su madre.

Lo importante es la situación en que se encuentra en estos instantes la que será la abuela Isabel, después de vivir en matrimonio 23 años, con siete hijos a su cargo, habiendo abandonado quizás por fuera mayor el primer hogar matrimonial. Su vida comenzó a no ser fácil para sacar adelante a sus hijos. Van dejando la casa camino del matrimonio, para morir de parto su tercera hija, otra al convento como religiosa y dos más jóvenes se pierden en la historia. En definitiva, al cabo de los años solo tiene en casa a su hijo mayor Juan, que transcurridos 26 años, se casa en 1853 con Trezemoeike. Éstos serán el apoyo diario último de su vida, prolongada hasta los 78 años, fallecida en 1861. Cómo debía gozar cuando Catalina, la primogénita, le traía desde Ninde en visita a sus nietos.

Amor a la abuela

Nadie estuvo en mejores condiciones de conocer a su madre que Catalina, su primogénita. Con un corazón lleno de ternura y compasión por ella, transmitió a sus hijos este amor y veneración. Testigo de ello es este párrafo de la carta de Damián a sus padres en el momento de su muerte, escrita desde París, donde cursa el primer año de sus estudios eclesiásticos: "Comprendo queridos padres que no pueda expresaros la emoción que he sentido al conocer la noticia de la muerte de nuestra abuela. Un novicio que mantiene correspondencia con el H. Pánfilo (su hermano en Lovaina) me lo comunicó durante la comida. Un escalofrío repentino recorrió todo mi cuerpo, me quedé totalmente pálido y a duras penas podía permanecer en el comedor. Felizmente la primera impresión no sólo se calmó, sino que se transformó en alegría con una breve reflexión sobre estas palabras: Todo cuanto Dios hace, está siempre bien hecho". Continúa escribiendo sus reflexiones sobre la esperanza futura, entre las que se encuentra esta nota tan significativa: "Continuará siempre en el cielo teniendo para todos nosotros aquel corazón de madre que nos manifestaba aquí en la tierra todas las veces que tuvimos la felicidad de ir a verla" (25.04.1861). Ahí estaba la labor de su madre por medio.

Veinte años después, tras siete de permanencia en Molokai, al escribir a su familia, a la imagen de la abuela superpone la de su madre ya anciana, bajo un mismo recuerdo: "Imagino que nuestra madre comienza a parecerse a la Madrina de Haacht, hace treinta años. ¿Tenéis quizás necesidad de un bastón, como la abuela, para ir a la iglesia? No tengáis miedo como ella. Yo también voy con un bastón en la mano" (31.01.1880).

Rodeado todo el día de sus enfermos, en la soledad de la noche cuando escribe a la luz de su lámpara, escuchando el rumor cercano del océano, terminada su carta, se acostó con el corazón rebosando nostalgia por aquellos tiempos lejanos.

DEL VIEJO HOGAR A LA CASA NATAL

En sus tardías Memorias, escritas antes o durante la Segunda Guerra Mundial, María Justina habla de los abuelos, que lo son para ella, refiriéndose a los padres del padre Damián, Catalina Wouters y Franciso De Veusteur. Pero en estos momentos que historiamos, para nosotros, el "viejo hogar" es la casa de los abuelos paternos de Damián, progenitores de su padre Francisco De Veuster. Con ellos arranca esta pequeña historia.

Los abuelos **Hendrik De Veuster** (1776-1845) y **Juana Catalina Uyheerhoeven** (1767-1846) tuvieron cuatro hijos: el mayor, **Francisco** 1801, **Jacob** (1803), **María Isabel** (1804) y **Juana Catalina** (1810). Las hijas se casaron en torno a 1830, pasando a la casa de sus esposos. Francisco y Jacob continuaron viviendo en la casa-granja de sus padres, que eran agricultores y comerciantes, lo que suponía una situación económica desahogada. Esto explica que los dos hermanos heredaran este modo de vida y juntos continuaran el negocio de sanguijuelas, yéndose hasta Viena en un viaje de un año de duración, como recordaría después **María Justina**.

Así fue su juventud y en ello continuaron al casarse ambos en 1829. A Jacob le nace el primer hijo, **Carlos**, en 1829, de su esposa **Isabel Vinks**, niño que muere joven; y Francisco tiene su tercero, **Leoncio** en 1830. Así se van desarrollando las ranas de

los De Veuster en sus tres generaciones. Todos viven bajo un mismo techo, los abuelos, los hijos, los nietos. Para Francisco y Jacob es la casa de sus padres, para los niños la de sus abuelos y sus padres. Todos estos pequeños son hermanos o primos, juntos van a la escuela de Wechter cada día y juntos se protegen en sus fechorías. Familia patriarcal que hoy entre nosotros ya ha cumplido su fecha de caducidad..

En 1837 Trémelo adquiere la categoría de ayuntamiento, pasando Ninde, donde se encuentra la casa de los abuelos, a pertenecer a Trémelo y no a Wechter. El tío Jacob debía de ser hombre de alta consideración social, porque fue nombrado primer alcalde de Trémelo. De momento siguen habitando en la casa de sus padres con sus hijos.

Necesidad de independencia

Naturalmente, también al paso de los años va imponiéndose la necesidad del cambio y de la independencia cuando las circunstancias hogareñas ahogan el espacio y la intimidad. Todos necesitan desenvolverse con mayor libertad, aunque las relaciones continúan sin fisuras. Nacen nuevos niños, Jacob ejerce de alcalde, Francisco considera que no está para marcharse él solo hasta Viena por las sanguijuelas. Quizás fuera éste el momento en que cambió su negocio por el de comercio de granos.

Lo que sí nos aclaran las investigaciones es que en 1839 Francisco deja la casa paterna por la propia que ha construido, bastante cercana, sobre las ruinas de otra vieja casa. ¿Es por esto por lo que María Justina escribirá después que la parte baja de piedra pertenecía a la "casa original"? Francisco tiene ya seis hijos, desde **Eugenia** (1825) a **Augusto** (1837), nacidos antes de esta decisión. Es natural también que su esposa **Catalina** tuviera deseos de ser ya ama de casa y manejarse a su propio estilo, el que promovió en su hogar con su experiencia.

Esta nueva casa va a ser conocida ya para siempre como la "casa natal", porque en ella nacerá pronto, el 3 de enero de 1840, el pequeño **José De Veuster**, futuro **padre Damián**. El fue quien de verdad la estrenó. Otra hermanita, **María**, nació cuatro años más tarde para irse a los tres años la primera al cielo. Esto también explica que Damián, que guardó un recuerdo permanente de la abuela materna de Haacht, nunca lo tuviera de sus abuelos paternos, visitados a menudo por la cercanía. Pero no se le grabó su imagen porque murieron en 1845 y 1846 cuando él tenía tan sólo cinco y seis años.

Parece oportuno agregar unas primeras notas sobre la casa misma que ha comenzado a albergar a esta familia.

Reformas y ampliaciones

La casa natal fue modificada varias veces en el curso de los años. Sin embargo, el exterior del conjunto habitable habría cambiado apenas, excepto cuando la gran reforma de **Gerardo**, que añade un primer piso y cambia el tejado espeso de paja compacta por uno de tejas. De este suceso encontramos algún eco en carta del

padre Damián: “Espero que Gerardo haya mandado hacer una buena habitación en el primer piso para el Padre **Pánfilo** y quizás también para **José**” (02.02.85). Así bromeaba sobre su imposible vuelta a Europa.

LA CASA NATAL ENTRA EN EL FUTURO

La casa en que naciera Damián entra en el futuro de la congregación de los Sagrados Corazones en Bélgica, que junto a ella va formando a los candidatos a una vida religiosa de misión, con un corazón semejante al de Damián. También en el futuro del Estado belga, que en 1952 declara monumento nacional a una humilde casa que el beato glorificó para orgullo de sus compatriotas.

Las investigaciones descubren que en 1883, tres años antes de la muerte de la madre **Catalina**, hubo una partición de bienes. **Gerardo**, viudo desde 1874, era el único hijo que permanecía en la granja con su anciana madre y con sus cuatro hijos entre 23 y 10 años. Recibió entre otras, la casa paterna o casa natal, y otra granja situada a unos cientos de metros al norte. Esta segunda, hace tiempo ya desaparecida, es muy posible que fuera la antigua casa de los abuelos, **Enrique De Veuster** y **J. Catalina Uytterhoeven**.

La partición probablemente venía preparándose desde atrás, si es que a ella se refiere lo que aparece en una carta de Damián. En abril de 1877, a los cuatro años de su residencia en Molokai y ya muerto su padre en 1874, escribe a su familia alegre y entristecido: “Al fin acabo de recibir la carta tanto tiempo esperada. Ver en ella la mano de la madre (73 años) y los buenos sentimientos de Gerardo (su hermano mayor) me ha causado una gran alegría. Estoy muy apenado al saber que os veis en la obligación de vender las propiedades y esto viviendo la madre. Pienso que sería bueno esperar y hacer más tarde la partición amigablemente. Si los tutores de **Frans Van Peel** rehúsan aceptar, **Augusto**, que tiene mi delegación, que haga lo que crea más conveniente. En cuanto a vos, mi querida madre, tiernamente amada, no os entristezcáis por todas estas cosas temporales... Nuestro Señor es el verdadero tesoro para sus fieles”.

Frans Van Peel es quien está en el centro de todos estos intereses, a través de sus tutores. El joven Frans, nacido el 8 de julio de 1859, es el primogénito de **Constanza De Veuster**, hermana del padre Damián y **Víctor Pan Peel**. Además es el hijo único que queda del matrimonio por la muerte de sus tres hermanos menores. Frans tiene casi 18 años y la tutela supone la muerte de su padre, pues la madre había muerto prematuramente en 1867.

Esta partición nos traslada al año 1888, cuando Gerardo, ya muerta su madre, vende en pública subasta todos los bienes recibidos en 1883. Se trataba de 13 lotes en total. La casa natal (sobre un terreno de 1906 metros cuadrados) al precio de 1525 francos; la otra gran (1910 metros cuadrados) por 1.000 francos, precio inferior, debido quizás a su antigüedad.

Fue el 13 de septiembre de 1888 cuando María Keller, comerciante de Lovaina, pujó más alto por ella y se quedó con la casa natal. Solo por un año. El 28 de agosto de 1889 (curiosamente todo este trasiego se desarrolla en torno a la muerte de Damián) el matrimonio de **Carlos De Belder** y **Luisa De Veuster**, primogénita de

Gerardo, recompra la casa paterna, la casa natal. No deja de ser extraña esta temprana compra.

Una sombra: ¿Dónde vivió Gerardo todo este año y aún después?. Quizás los datos siguientes alumbren algo: su segunda hija María Justina vive con su padre en este 1888 en que contrae matrimonio, porque es en la casa paterna donde da a luz a su primer hijo nacido el 25 de febrero de 1889, a la mitad del año en que su padre ha vendido la casa. Así que la señorita Keller o se mostró ese año benevolente con los antiguos propietarios o hubo alguna cláusula en la compra. En cualquier caso María Justina sólo abandona la casa paterna poco antes del nacimiento de su segundo hijo, el 30 de abril de 1891. El matrimonio De Belder-De Veuster no habitó esta su propiedad hasta el 27 de abril de 1892. Luisa vuelve al que había sido siempre su hogar.

Hasta que exactamente tres años después, el 30 de abril de 1895, aparecen los Padres de los Sagrados Corazones con deseos de adquirirla para perpetuarla. Con el tiempo y en su cercanía, construyeron una nueva y mayor casa natal, para la formación en su seno de sus posteriores hermanos de la congregación deseosos de seguir los pasos de Damián. El benjamín pasaba a ser el hermano mayor. Así se cumplía el deseo que expresaba a su hermano **Pánfilo** desde Kohala el 22 de diciembre de 1866, a sus 26 años: "Preparar candidatos jóvenes, fuertes, virtuosos, con corazón caritativo e intrépido... Si nosotros no podemos esperar reposo en esta vida, espero que encontraremos al menos algunas horas de descanso con que prepararnos al momento de la muerte, entre los brazos de un misionero que nos estaréis formando para más tarde.

UNA LAGRIMA POR CONSTANZA (1)

En este intento de conocimiento de la familia del Padre Damián, su segunda hermana mayor, Constanza, once años y medio mayor que él, no merece quedarse en la sombra. Contribuye al conocimiento más detallado de la familia De Veuster, aunque el intento tenga sabores amargos.

En el Diario que conocemos de **María Justina**, ésta la recuerda por dos veces. La primera rogando a su madre **Catalina** que la permita entrar en el convento como a su hermana mayor **Eugenia**. La madre se lo negó porque el trabajo se acumulaba entonces en la granja. Anota después en su escrito que "a menudo su madre lloró por esta decisión" ante los sucesos posteriores. Por segunda vez la nombra al recordar el viaje a pie con la abuela hasta Aarschot, para comprarse el traje de primera comunión. "A la vuelta, añade, pasamos por Betekom para visitar la tumba de la tía **Stans** (Constanza)". En el intermedio, es historia compartida entre los familiares descendientes que la madre, Catalina, y su nuera **María Feyaerst** (esposa de **Leoncio**), de vuelta del Santuario de Monteagudo, donde habían despedido a **Damián**, descendieron por Aarschot a Betekom, donde residía Constanza, casada hacía ya cinco años. Pasaron el resto del día con el matrimonio y hasta pernoctaron en el hogar de su hija, para partir a la mañana siguiente hacia Ninde.

Constanza se había casado en 1858 a la edad de treinta años con Víctor Van Peel. Tuvieron cuatro hijos en los ochos años de su matrimonio. Víctor era el molinero en el molino a vapor de Betekom. Algunos meses antes del nacimiento de su cuarto hijo, al parecer, los hermanos de Damián, **Leoncio** y **Gerardo**, habían llegado a un

acuerdo con su cuñado Víctor para explotar juntos y a mayor escala el negocio del molino. Así alcanzó Constanza a vivir un cierto tiempo en contacto más directo y frecuente con sus hermanos.

El 6 de enero de 1887 muere prematuramente Constanza a los 12 días de haber dado a luz a su cuarto hijo el día de Navidad de 1886. Su esposo se queda solo, sumido en el desastre, con sus hijos pequeños. Todo hace pensar que el negocio compartido del molino siguió adelante. Víctor volvió a casarse a finales de 1868 con una tal **Paulina Tubbax**, naciéndoles una hija, **Bibiana Van Peel**, el 14 de agosto de 1869. Pero en el mes de noviembre muere su segundo hijo y cuatro meses y medio después, en el espacio de una semana, los dos más pequeños, como abatidos por un contagio, entre marzo y abril de 1870. Este mismo año Víctor Van Peel, con su hijo mayor **Frans** de 11 años y su segunda esposa con su bebé en brazos, abandonan Betekom, dejando en el aire el negocio del molino. ¿Qué le movió a ello? Quizás la muerte de sus hijos a quienes deja enterrados con su madre, quizás añadidas desavenencias en el negocio con sus cuñados, quizás una mala gestión. Pone tierra por medio tras la que desaparecen sus huellas.

De algún modo aparece la familia Van Peel en una carta de Damián de abril de 1877, que ya dimos el mes pasado. En ella escribe acerca del recurso que interponen los tutores de Frans Van Peel, familiares suyos paternos, sobre el derecho que le asiste a los bienes de la familia De Veuster, como hijo que es de Constanza.

Años atrás, Damián responde a su hermano en carta de octubre de 1867 que está contento con las noticias y le comenta cómo las sueña cuando viaja en la noche a lomos de su caballo: "Atravesando las lavas de un nuevo volcán... me figuraba estar viendo el famoso molino a vapor de Betekom, en el que me dices que nuestros hermanos queridos, Leoncio, Gerardo y Víctor se han unido en tan gran negocio. Espero que Dios bendiga su entendimiento mutuo".

Esa noche roba tiempo al sueño para escribir también a la familia: "Admiro las atrevidas empresas de nuestros muchachos Leoncio, Gerardo y Víctor. Son de verdad los tres valientes de Kobo-Karlo (sin duda, alguna historia de aventuras para niños). Espero que triunfen en su molino de vapor, como nosotros antes en el comercio, si mantienen la unión entre los tres, como existió entre el padre, el tío y Tist Vinck (casado con la hermana menor de su padre y de su tío)... Velad, padre, para que jamás haya disputa o discordia entre ellos y Dios les bendecirá". Los buenos deseos de Damián y el consejo a su padre envuelven un cierto tono de sospecha de dificultades. Así fue desgraciadamente. Pero aún Damián guarda algún secreto sobre su hermana Constanza.

UNA LAGRIMA POR CONSTANZA (2)

Esperamos no agotar la paciencia de los interesados por la familia del padre Damián, tratando de conocerla tal cual Damián la llevaba guardada en su corazón, fuente de gozo y de paz. Junto a otros sentimientos posteriores que llenaron su vida, permanecieron vivos los que desde niño florecieron en su corazón nostálgico de buen hijo y buen hermano. A ellos vienen a añadirse los que, durante 24 años de estancia en Hawái, llegan como noticias muy de tarde en tarde, y afloran en su correspondencia.

Conservamos todavía este mes una lágrima por Constanza al leer en **Damián** algo que se resiste a nuestra comprensión, dejándonos envueltos en el misterio de la duda. ¿Qué es lo que hizo posible que muchos años después escribiera sobre ella como lo hizo, con dos relámpagos de olvido y de sospecha, que nos dejan cegados sin saber qué pensar?. Es lo que ahora nos mantiene en vela urdiendo cien hipótesis, tratando de dar con la llave de su corazón. Resulta imposible.

Sopesando las razones, no cabe sospechar de las relaciones matrimoniales, que se desarrollaron normalmente y en nada separaron a la hija de su familia de sangre. Es historia compartida entre los familiares descendientes, que la madre, **Catalina**, y su nuera **María Feyaerts** (esposa de **Leoncio**) de vuelta del santuario de Monteagudo donde habían despedido a Damián, descendieron por Aarschot a Betekom, donde residía Constanza, casada hacía ya cinco años. Pasaron el resto del día con el matrimonio y hasta pernoctaron en el hogar de su hija, para partir la mañana siguiente hacia Ninde. Finalizaba el año 1863.

La noticia que su hermano el padre Pánfilo comunica a Damián en septiembre de 1866 sobre la colaboración de los dos hermanos mayores, **Leoncio y Gerardo**, en el negocio del molino a vapor de Betekom que lleva su cuñado **Víctor**, nos coloca en el inicio de ese verano como fecha más oportuna ante la nueva cosecha. Seis meses antes, por tanto, del día de la muerte de Constanza, son momentos también de normales relaciones familiares de amistad y confianza. Algo, como sabemos, que llenó de alegría el corazón de Damián.

En algún momento se empaña el cristal. La información de la muerte de su hermana, acaecida el 6 de enero de 1867, aparece comentada por vez primera en su carta de septiembre de 1870, casi cuatro años después. En ésta misma carta pregunta, como es natural, por sus cuatro hijos, cuando los tres últimos ya han fallecido hace poco. Pero aún en sendas cartas de noviembre de 1873 y de diciembre de 1874, casi cinco años después, aún sigue preguntando: "¿Qué ha sido de los hijos de nuestra llorada Constanza?. Nos abrumba, casi nos asusta, esta inmensa lejanía, mayor en el tiempo que en el espacio, propicia para cualquier desinformación o deformación de los hechos.

Fue ya tarde cuando Damián se refirió de nuevo sin previa noticia comentada a la que ahora ha llamado "nuestra llorada Constanza". Por lo que conocemos, el 2 de febrero de 1885 traza en su carta la situación de la familia: "**Eugenia, Paulina** y el padre en el cielo, **Augusto y José** subiendo cada día al altar, vosotros todos con vuestras plegarias diarias... para que nos reunamos todo en el cielo". Un cielo sin la presencia de su hermana Constanza. El recuerdo detallado de cada uno, convierte esta omisión en intencionada y grave, juzgando el texto. Viene a corroborarlo su más expresa y matizada de finales de agosto de 1866, año y medio después. Su madre ha muerto el 6 de agosto, lo que ignora cuando escribe a su familia: "Nuestras dos hermanas, Paulina y Eugenia, y quizás también Constanza, ruegan por ella (su madre a quien cree gravemente enferma), así como por nosotros..." Aquí al menos le concede el valor de la duda, pero se mantiene en el dolor por algo que le resulta insuperable.

Ante la imposibilidad de ver algo a través de esta grieta, consultamos con un amigo experto en las cuestiones de su familia antepasada, y solo pudo ofrecernos esta observación, valiosa en parte porque señala la dirección: "He escuchado a veces rumores entre miembros de la familia a causa de un préstamo en relación con el

molino de Betekom". ¿Con Constanza por medio y culpable ante su familia en tan solo los seis meses que ya duró su vida? ¿Qué apuros podría haber provocado una malversación de fondos? Todo esto si es que se pueden hacer semejantes preguntas...

Nos resulta penoso que se quede así colgada en la pared de la historia esta imagen de su hermana, monja por deseo, esposa por necesidad, mártir por la vida de su hijo. Su madre "la lloró a menudo", según recuerdo de María Justina. A nosotros se nos salta una lágrima, bajo la que quisiéramos cobijar también a su pobre marido Víctor, sea cual fuere su intervención.

LEONCIO EL PATRIARCA

Lo más valioso de nuestros encuentros con la familia De Veuster han sido sin duda las personas, tan reales y llenas de vida. Hoy sacamos a escena a Leoncio (1830-1913), el hermano mayor después de las dos primera hermanas Eugenia y Constanza. Alegra oír nombres que ya nos resultan familiares, nunca mejor empleada la palabra. ¿Por qué ahora Leoncio? Entre todos los hermanos es quien quizás haya quedado algo más en la sombra hasta ahora.

El padre Ildefonso Alazard, secretario general de la congregación de los Sagrados Corazones en el año 1905, cuya casa general acaba de ser trasladada desde París a Braine-le-Comte en Bélgica a causa de las turbulencias antirreligiosas de Francia, firma una entrevista a **Leoncio** publicada en el boletín de la Congregación en 1910. El 6 de septiembre llegó a Trémelo, donde los religiosos belgas habían establecido su noviciado en la aldea de Ninde en la casa paterna del padre **Damián**, su casa natal, que habían comprado en 1895. Traía la intención de visitar al último descendiente de los hermanos del padre Damián, Leoncio, en su casa de Kruis, un poco al norte de Ninde. Allí se había establecido, en tierras quizás de su esposa, **María Feyaerts**, nacida en esa región, con quien se había casado en noviembre de 1857. Damián estaba por tanto aún en la granja de Ninde, con 17 años.

Avisaron previamente a Leoncio, porque a pesar de su edad trabajaba la mayor parte de la jornada en el campo. Tenía su casa a la entrada del pueblo, a unos cientos de metros de la iglesia. Con el padre **José Cattebeke**, director del noviciado, como guía entraron en la modesta morada. No era un palacio, ni tenía piso superior: una estancia central, a sus lados sendas habitaciones y detrás quizás una o dos menos amplias. Eso era toda la casa, suficiente para ser feliz y vivir honrosamente en una región como Trémelo.

Apenas atravesaron el dintel de la puerta, un venerable anciano venía ligero hacia ellos, vestido de fiesta para recibirlos. En él y su entorno todo respiraba bondad y sencillez. Como no hablaba francés, el padre Cattebeke sirve de intérprete, y se entabló el diálogo:

-Hace 21 años que murió el padre Damián y 43 que usted le vio por última vez, ¿se acuerda bien de él?

-Que si me acuerdo... responde riendo. Soy su hermano mayor. El padre Damián era el más pequeño y el más querido de nuestra madre, quizás porque era muy cariñoso. Tenía 10 años menos que yo, pero pronto me pasó en altura y fuerzas, al menos 20 centímetros más alto; claro que yo no soy ningún fenómeno. Era fuerte y

vigoroso, hubiera sido un buen campesino; levantaba sin esfuerzo sacos de cien kilos y además era tan mañoso e inteligente que valía como cuatro.

En esos momentos parece en casa la esposa de Leoncio, María Feyaerts. La señora De Veuster era ya una anciana de 71 años, muy activa, que había tenido 10 hijos, tres fallecidos de niños. Al ver de lo que se trata, desaparece un momento y vuelve con una estampa y una carta.

“Aquí tengo, dice, la estampa que el padre Damián me dejó al marcharse; lo escrito me lo sé de memoria”. Y comienza a recitar en flamenco: “Mi querida hermana María, sed una verdadera sirvienta de vuestro personal, vivir en paz con vuestro marido, vivid en paz con vuestro marido y vuestros padres. Acordaos de vuestro hermano José De Veuster, misionero en Oceanía”.

También les relata la despedida del padre Damián en el Santuario de Monteagudo, ella con su madre y Damián, relato que ha recorrido todas las biografías de Damián. Por fin les enseña la carta, que hasta hoy no estaba recogida en la colección completa oficial. Lleva un sello de correos de París con fecha del 2 de marzo 1871. Por esta razón y por el comienzo de la carta, parece evidente que la envió dentro de la carta a su hermano, el padre **Pánfilo**. En esos momentos era profesor del Seminario Mayor de Versalles. Este es su contenido:

“Mis queridos hermanos Leoncio y Gerardo:

No puedo dejar de añadir aquí unas palabras para vosotros, queridos hermanos. ¿Cómo va vuestra salud? Y María Feyaerts y Dorotea Vermeulen (sus cuñadas)? La madre me ha escrito que tenéis cada uno tres hijos, algo que me satisface mucho. **Juan** hijo de Leoncio, ya debe ser mayor (de 13 años). Le espero aquí de misionero más tarde. Decidle que antes debe ser un muchacho bueno y piadoso, que debe estudiar mucho y después, cuando ya tenga 14 años, que aprenda latín. Tengo aquí dos caballos jóvenes de monta preparados para él; así no tendrá que esperar mucho.

Mis queridos hermanos, de ocho que éramos solo quedáis vosotros dos para cuidar de nuestros queridos padres en su ancianidad. Os ruego humildemente que me replacéis a su lado para que tengan cuidados y el afecto filial a que tenían derecho sobre mí. Tened por tanto el mayor respeto hacia ellos y jamás les digáis una sola palabra que pueda afligirlos. Vivid entre vosotros unidos y con amor y educad a vuestros hijos en el temor del Señor; evitad cualquier clase de pecado como el mayor mal y sed exactos en confesaros a menudo. Espero una carta vuestra. Vuestro afectuoso hermano. José.

PANFILO Y DAMIÁN (1)

Es imposible trazar la imagen de Damián sin la presencia en su vida de Pánfilo, su hermano inmediatamente mayor en dos años y tres meses. Las características personas de Augusto, que después se convertirá en el padre Pánfilo, nos obligan al augurio de un sueño de Dios para con Damián. Hoy nos contentamos con el entramado básico de estas relaciones

En sus Memorias, **María Justina** narraba el diálogo entre **Augusto** y su madre, al volver de visitar el convento de Lovaina, donde Augusto, ya con 20 años, quería

ingresar como religioso. A su madre le había parecido aquello muy pobre para un hijo que era ya un sabio por sus estudios. Esta reconocida sabiduría de Augusto provenía de los estudios secundarios y de filosofía que había realizado en el Seminario Menor de Malinas, donde hubiera acabado de sacerdote diocesano. Un buen día sintió la atracción de ser misionero y tenía cerca el reclamo de la congregación que desde 1840 se había establecido en dos colegios adjuntos, como sede de lo que llamaron Colegio de Misiones Extranjeras, la primera comunidad en Europa abierta fuera de Francia. Era casa de noviciado, escogida Lovaina por la posibilidad de seguir después los estudios en su famosa Universidad. Lo que Augusto buscaba y quería para su vida futura de sacerdote misionero. Nacido el 7 de octubre de 1837, comenzó el noviciado en Lovaina el 5 de diciembre de 1857, con 20 años recién cumplidos. La profesión religiosa, como después la de su hermano **José**, la realizó en París, en la Casa General, el 16 de julio de 1859. Entonces los novicios de Lovaina terminaban su noviciado en Issy, en las cercanías de París, para recibir la última pincelada en este noviciado central de la congregación. Normalmente continuaban el año de filosofía en la Casa General, con un programa de materias que les preparaba para comenzar los estudios de teología en Lovaina. Así lo hizo en su momento **Damián**, pero **Pánfilo**, por su preparación anterior, después de su profesión volvió directamente a Lovaina, comenzando su primer año ordinario de teología en el curso 1859-1863, cuando fue ordenado sacerdote.

Augusto y Damián compartieron de 10 a 11 meses de noviciado en Lovaina y los dos primeros – y únicos – años de teología de Damián, coincidiendo con los de 3° y 4° de Pánfilo. Conociéndolos un poco se puede pensar que Damián no tuvo otra persona en quien pusiera los ojos como los tenía sobre su hermano. Era un modelo a imitar, pero más aún a superar. En el caso de su vocación, pregunta a sus padres si él no podría llegar a ser como su hermano. En la misión a Hawai propone al Superior general si no podía ir él donde estaba destinado su hermano. Con la carta recibida agitándola en su habitación del enfermo, se entusiasmaba: “Voy a ir en tu lugar”, lo que para él significaba: “Soy yo quien va donde tú querías”. Lo que podía parecer presunción, no es más que el legítimo sabor del triunfo.

Su hermano es apaga-fuegos de este muchacho exagerado hasta en sus mortificaciones: una noche se lo tropezó hecho un ovillo enrollado en una manta durmiendo en el suelo, lo que le valió una reprimenda. su hermano le marca de cerca y Damián se deja dirigir, aconsejar, proteger. Hay combate y cariño, como después en sus cartas.

Por ejemplo, a los dos años de misionero en Hawai, la ternura supera la nostalgia: “¿Qué puedo decirte, querido hermano, al terminar esta carta para expresarte el afecto de mi corazón hacia ti?. ¿Dónde se ha ido el tiempo feliz en que vivíamos juntos bajo la tutela de nuestros padres y de nuestros superiores y, cuando íbamos juntos a la escuela de Wechter y a la universidad de Lovaina? Ya ha terminado el tiempo feliz de la infancia y de la juventud. Ahora nos encontramos en la edad viril, llamados por Dios a trabajar en la viña del Señor. Tú quizás en Europa, yo en las islas Sándwich. No importa, sigamos de frente en la noble carrera, por todas partes con desgraciados que consolar, ignorantes que instruir, pecadores que convertir. Cuando celebremos el Santo Misterio de la Misa, tratemos de unirnos cada día en Jesús y recemos el uno por el otro. (22.12.1866)

10 de Mayo. Esta fecha de la vida de Damián, 10 de mayo, es de todos bien conocida, con el doble recuerdo que ahora nos trae cada año. En su vida fue el día de 1873 en que el vapor que les transportaba le dejó en el amanecer en la leprosería de Molokai, junto con su obispo que tuvo la delicadeza de acompañarle, presentándolo a los cristianos. El mismo vapor transportaba “una cincuentena de leprosos que los gendarmes habían atrapado en la isla de Hawai”. son detalles que conocemos por el relato de Damián. Nos sugieren interesantes reflexiones para las que aquí no hay lugar. Pero cada uno puede sentarse junto a Damián, comentarlos con él y escucharle, entrar en conversación e ir empapándose de sus sentimientos. Esto es simplemente “orar con Damián, por no llamarlo por su nombre, que asusta un poco, “oración de contemplación”. ¿No han intentado probar lo sabroso que es? ¿O es que solo sabemos pedir y pedir? Hay peticiones que dignifican a quien las hace, por su gravedad y por la fe que en ella se mantiene. Pero convertirse en un pedigüeño es siempre lamentable. Damián nunca pidió la curación de su enfermedad. “La Divina Providencia sabe bien lo que más me conviene”. Esa sí es una petición velada, digna de un hijo que confía en su Padre Dios. Esta fecha de su vida, decíamos, nos trae un segundo recuerdo, que crea serias dudas sobre si ya habrá calado honda en nuestro corazón y se ha clavado en su fondo, como un ancla de navío que nos mantiene segura y sólida su veneración. Es el día que el Papa escogió en su beatificación como el de la celebración anual de su fiesta. De ordinario suele elegirse el aniversario de la muerte, el “día del nacimiento” definitivo del beato con su entrada en la felicidad y la gloria del cielo. Pero donde entró Damián el 10 de mayo fue en lo que todos consideraban un infierno. ¿Lo vio así Damián? Al contrario, fue cuando podía soñar: un reto diario para su temperamento insaciable. Nada mejor podía ya esperar: paradójicamente entró en su cielo. Quizás lo que le cuadra en esos momentos es la figura y destino de Jesús, tal como los evangelios interpretaron el comienzo de su vida pública: “El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y en sombra de muerte una luz les brilló” (Mt 4,15-16)

PANFILO Y DAMIAN (2)

Intentamos el mes pasado recoger, en parte, la singular relación que existió entre Damián y su inmediato hermano mayor, Pánfilo. aunque conocido de nombre por los amigos y devotos del padre Damián, quizás no tenían datos sobre su historia de carne y hueso. Las notas recordadas fueron cuatro puntos básicos de su biografía, pero más de uno deseará conocer cómo se desarrolló su vida y la influencia que tuvo en la de Damián.

Sin Pánfilo, nunca habiéramos tenido a nuestro padre Damián. Todo, absolutamente todo, estaba en contra de un proyecto que nadie habría diseñado porque a nadie podía habersele ocurrido: la presencia de Damián como misionero en las playas de Hawai. Sin embargo se cumplió “Mis caminos no son vuestros caminos, dice el Señor”. Autor y promotor, Dios, el intermediario del principio al fin fue Pánfilo. Aquí todos se ven movidos sin saber quién los empuja. En nuestro caso, principalmente Pánfilo, el hombre bueno, sencillo, inteligente, con una preparación de seminario, sobre todo en latín, fuera de serie. Para colmo de bendiciones, casi acababa de entrar, con toda la devoción del mundo, en el noviciado de los Sagrados Corazones de Lovaina, justamente por la razón y con la intención de ser misionero.

Pánfilo adoraba a su hermano pequeño. Hoy conocemos lo que entonces él no sabía, y es que Dios le tenía asignado un destino – para eso le había preparado: el de ser su mano larga para colocar a su hermano sobre el inmenso continente de aguas del Pacífico.

Pánfilo, nuevo y flamante novicio, está al lado de su hermano José (Damián). Este siente algo por dentro, como un querer ser todo para Dios. José habla con el corazón en la mano. Esta de vacaciones de verano de sus estudios de francés y ha preferido quedarse con su hermano en Lovaina, por no perder lo poco que había aprendido. Dios maneja los hilos. En las conversaciones, Pánfilo recoge, moldea y orienta en la dirección de la flecha que facilita, sin que lo asegure, un destino. Dan fe de ello tres actos.

Primero, Damián está lejos de su casa, estudiando francés en Braine-le-Comte a sus 18 años, ocasión propicia para reflexionar y decidir. Convencido de la llamada de Dios a la vida religiosa, había decidido hacerse trapense. Algo que se acomodaba bien a su situación personal, con deficientes estudios y una magnífica preparación para el trabajo, en el que se sentía feliz. Pero su hermano lo atrae a la congregación. Más tarde Damián quizás apuntaba a estos momentos: “Acuérdate que para entrar en el noviciado tuviste como especial intención las misiones y me censuraste un día porque no tenía tanto entusiasmo como tú por ser misionero” (20.09.1870). Después se le contagió la fiebre, a juicio de su maestro de novicios, que cada noche lo veía rezando ante la imagen de **San Francisco Javier**.

En segundo lugar, el superior del convento cree que solo podía ser admitido como novicio para hermano de coro, por la misma insuficiente instrucción, particularmente por su ignorancia total del latín. Damián lo había aceptado, pero ahí interviene su hermano. El superior consiente a su requerimiento de una prueba de seis meses. Estudió el latín bajo la dirección de su hermano. Tenacidad, trabajo y capacidad. Con ello, final feliz y cambio de opinión el superior para que pase a la clase de novicio estudiante, aspirante al sacerdocio.

Por fin, la tercera providencia relacionaba de nuevo a los hermanos, como si se tratara del mismo juego que a Dios le divertiera. En julio de 1863, terminados sus estudios de teología, Pánfilo es ordenado sacerdote y se le designa como parte del grupo que va a partir para Hawai. Una fiebre de tifus le postra en cama, pero el tiempo apremia para salir. Inmediatamente escribe al Superior general de París y éste confía en el futuro misionero de Damián, a quien conoce, a pesar de estar a la mitad de sus estudios. Por tercera vez ha funcionado la fraternidad.

Pocas veces se habrá dado un destino humano tan complicado y con final tan feliz. El centurión del calvario diría en este caso: “Verdaderamente este hombre era un elegido de Dios”.

PANFILO Y DAMIAN (3)

Esta es la tercera y última entrega sobre el padre Pánfilo. Finalizamos con los rasgos principales de su vida. En 1863, a la vista de sus dotes intelectuales, volvió a la universidad alcanzando el grado de bachiller y de licenciado. Su sobrina María Justina escribió: “El tío Augusto no quiso ser doctor por humildad”. Dedicó su vida a la formación de los jóvenes estudiantes de la congregación en Lovaina, a la de los

novicios como segundo maestro y al apostolado en la propia iglesia adjunta al convento.

En 1869, **Pánfilo** fue enviado al Seminario Mayor de Versalles que regentaba la Congregación, como profesor de Sagrada Escritura y Derecho Canónico. Allí le encontró la guerra franco-prusiana y por su conocimiento del alemán prestó servicio a los soldados alemanes católicos. Sobre esos momentos, aunque tarde como siempre, le escribe Damián bromeando: "Estás aún de profesor en Versalles? La prensa ha hablado de sacerdotes muy entregados, pero no hace mención de ti, mi querido hermano. ¿Has tenido la cobardía de tener miedo a las balas del cañón? Jamás hubiera imaginado esto de un belga de Trémelo". (14.07.1872).

En septiembre de 1871, acabada la revolución, volvió a Lovaina. Durante 14 años pasaron por sus manos novicios y estudiantes. Entregado a su permanente trabajo intelectual en constante perfeccionamiento, estudió por su cuenta las lenguas orientales, hebreo, siríaco, sánscrito, así como las modernas que dominaba: inglés, alemán y español. Mientras preparaba sus clases también escribía sus sermones para el pueblo.

Pero llegó el año 1895, cuando ya tenía 58 años. Apareció por Lovaina el nuevo vicario apostólico de Hawai, monseñor Gulstan Ropert, quien había trabajado con Damián en el gran distrito de Kohala. Venía a Bélgica con la peregrina idea de llevarse al padre Pánfilo a Molokai, pensando que asombraría al mundo su llegada para sustituir a su hermano. Quien había sido tan idéntico a si mismo y a su profesión intelectual durante tantos años, ¿podía cambiar repentinamente de vida?. A medida de octubre de 1895 acompañó al vicario apostólico y al cabo de mes y medio Pánfilo se encontraba ya en la casa que habitó su hermano en Molokai.

Pero no se improvisa un misionero a los 60 años. Habitado a sus tareas intelectuales, se ahogaba en la iglesia de Kalawao. De ahogo en ahogo, al fin pidió volver a Europa. Hubo un escándalo entre los dirigentes de la misión. El obispo le rejoneó donde más le podía doler: "Pido todos los días al padre Damián que inspire a su hermano con ideas religiosas más elevadas". Y le advirtió piadosamente que el padre Wendelin se quedaría en Kalaupapa sin quien pudiera confesarle. Damián se había quejado en vano durante años de la misma situación, sin que vinieran en su auxilio.

La paciencia de Pánfilo se agotó y planteó que si no podía volver como religioso de los Sagrados Corazones, regresaría para hacerse franciscano o capuchino. Partió a finales de verano de 1897. Llegó a Lovaina a las 7 de la tarde, hora en que desde años atrás acostumbraba a hacer la adoración. Se fue derecho a la capilla y se arrodilló con el manteo rojo de la adoración sobre las espaldas. Para su cronista, "después de dos años de ausencia reemprendía su vida comunitaria con misma sencillez que si volviera de confesar a algunas personas en un barrio de Lovaina". En aquel momento comprendió más que nunca el significado de la adoración en su congregación y apreció en todo su valor la vida de su hermano.

Aún vivió doce años, gemelos a los anteriores. Pudo celebrar sus bodas de oro de profesión religiosa, asistiendo el superior general y su hermano mayor Leoncio, el único superviviente. Unos días después lo encontraron muerto en su habitación,

donde acababa de subir tras su misa mañanera. Era el 29 de julio de 1909, a los 20 años de la muerte de su hermano Damián. Tenía 72 años.